

## PRÓLOGO.

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer, que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto, que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿que podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte, para que las Musas mas estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre soy padrastro de Don Quixote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carisimo,

que perdones, ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres: y pues ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre albedrío, como el mas pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debaxo de mi manto al Rey mato. Todo lo qual te exenta y hace libre de todo respecto y obligacion, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor, que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dexé, por no saber lo que escribiria: y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio gracioso y bien entendido, el qual viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dixe, que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de Don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni menos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿como no quereis vos que no me ten-

ga confuso , el que dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido , salgo ahora con todos mis años á cuestras , con una leyenda seca como un esparto , agena de invencion , menguada de estilo, pobre de concretos, y falta de toda erudicion y doctrina , sin acotaciones en las márgenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros , aunque sean fabulosos y profanos , tan llenos de sentencias de Aristóteles , de Platon y de toda la caterva de filósofos , que admiran á los leyentes , y tienen á sus autores por hombres leídos, eruditos y eloqüentes? ¡Pues que quando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos Santos Tomases y otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso , que en un renglon han pintado un enamorado distraido y en otro hacen un sermoncico christiano , que es un contento y un regalo oírle, ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen , ni que anotar en el fin , ni ménos sé que autores sigo en él , para ponerlos al principio , como hacen todos, por las letras del A B C , comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo . ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio , á lo ménos de sonetos , cuyos autores sean Duques , Marqueses, Condes , Obispos , Damas, ó Poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que

me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin , señor y amigo mio , proseguí , yo determino , que el señor Don Quixote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el Cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan , porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores, que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido. Oyendo lo qual mi amigo , dándose una palmada en la frente, y disparando en una larga risa, me dixo: por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el qual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo, que estais tan lejos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

¿Como que es posible, que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? Á la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis como en un abrir y cerrar de ojos confundo to-



das vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís, que os suspenden y acobardan, para dexar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quixote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de que modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusión? Á lo qual él dixo, lo primero en que reparais de los sonetos, epigramas, ó elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar, con que vos mismo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis ban- tizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias, ó al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas: y quando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres, que por detras os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedis, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores, de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay mas sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias, ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo ménos que os cuesten poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

*Non bene pro toto libertas venditur auro.*

Y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo dixo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

*Pallida mors aequo pulsat pede  
Pauperum tabernas, regumque turres.*

Si de la amistad y amor, que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo ménos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si tratáredes de malos pensamientos, acudir con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malae.* Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dará su dístico:

*Donec eris felix, multos numerabis amicos,  
Tempora si fuerint nubila, solus eris.*

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por Gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombráis algun gigante en vuestro libro, haceide que sea el gigante Golias, y con solo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotacion, pues podeis poner: *El gigante Golias ó Goliath, fué un Filisteo, á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en*

el capítulo que vos halláredes que se escribe.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion, poniendo: *El río Tajo fué así dicho por un Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro, &c.* Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro. Si de mugeres rameras, ahí está el Obispo de Mondoñedo que os prestará á Lamia, Layda y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crueles, Ovidio os entregará á Medea. Si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe. Si de Capitanes valerosos, el mesmo Julio César os prestará á sí mismo en sus Comentarios, y Plutarco os dará mil Alexandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, toparéis con Leon Hebreo que os hincha las medidas. Y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis á Fonseca *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion, no hay mas sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dexadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de

llenaros los márgenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores, que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa, que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro: que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada: y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y quando no sirva de otra cosa, por lo ménos servirá aquel largo catálogo de autores, á dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar, si los seguístes, ó no los seguístes, no yéndole nada en ello. Quanto mas que, si bien caygo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dixo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron: ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrologia: ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la Retórica: ni tiene para que predicar á ninguno, mezclando lo humano con



lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun christiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á mas, que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerias, no hay para que andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de Santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oracion y periodo sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intricarlos y escurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente dexé de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destes caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos mas: que si esto alcanzáredes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo: en el

qual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quixote de la Mancha; de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del Campo de Montiel, que fué el mas casto enamorado y el mas valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterva de los libros vanos de caballerias están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. VALE.